

JOVENES: LA IDENTIDAD SOCIAL Y LA CONSTRUCCION DE LA MEMORIA

GRACIELA CASTRO*

*He roto esta hoja de carta un par de veces, Claudia.
Levantó la vista y la paseó por mis libros, mi biblio-
teca, los diplomas de congresos y seminarios.
Aunque sé que es inútil, que en ninguno hallaré la
fórmula que me permita esconderme de mi memo-
ria, ahora que la he puesto en marcha.
El desierto, CARLOS FRANZ*

RESUMEN

Si se comprende a la juventud como una construcción social y cultural los cambios ocurridos en la sociedad contemporánea influyen en su vida cotidiana. Los jóvenes, como colectivo sociogeneracional están más expuestos a vivir fundamentalmente el presente. La resignificación del tiempo y el espacio pareciese no dejar lugar para construir la memoria. Ahora bien, ¿qué papel cumplen en esa construcción las instituciones dominantes? Vinculado con situaciones claves de la historia argentina reciente, ¿les interesa a los jóvenes conectarse con aquella memoria? ¿En sus discursos predomina el idealismo o el conocimiento? Entre los objetivos del proyecto de investigación *Culturas juveniles urbanas* que se desarrolla en la Universidad Nacional de San Luis, interesa conocer los modos en que los jóvenes construyen la subjetividad y la identidad social. Con ese fin durante los primeros meses del año 2006 se trabajó con jóvenes universitarios a los cuales se les solicitó que expresaran de modo escrito sus opiniones, conocimientos y actitudes vinculados con los años de la dictadura en Argentina, como así también acerca de la representación de los jóvenes de entonces y las semejanzas y diferencias con la generación actual.

PALABRAS CLAVE: JUVENTUD, INTERSUBJETIVIDAD,
INVOLUCRAMIENTO SOCIAL

* Psicóloga y Magíster en Sociedad e Instituciones. Docente e investigadora en temas de juventud. Universidad Nacional de San Luis, Argentina. E-Mail: gcastro@fices.unsl.edu.ar.

RESUMO**JOVENS: A IDENTIDADE SOCIAL E A CONSTRUÇÃO DA MEMÓRIA**

Se a juventude fora compreendida como uma construção social e cultural, as mudanças ocorridas na sociedade contemporânea influem em sua vida cotidiana. Os jovens, como coletivo sociogeracional estão mais propensos a viver fundamentalmente o presente. A resignificação do tempo e do espaço parece não deixar lugar para a construção da memória. Ora, que papel cumprem nessa construção as instituições dominantes? Considerando situações cruciais da história argentina recente, interessa aos jovens relacionar-se com esta memória? Em seus discursos predomina o idealismo ou o conhecimento? Entre os objetivos do projeto de pesquisa *Culturas juvenis urbanas*, que se desenvolve na Universidad Nacional de San Luis, está o de conhecer os modos pelos quais os jovens constroem a subjetividade e a identidade social. Com este objetivo, durante os primeiros meses de 2006 trabalhou-se com jovens universitários, os quais foram convidados a expressar por escrito suas opiniões, conhecimentos e atitudes em relação aos anos de ditadura na Argentina, bem como suas representações dos jovens daquela época, as semelhanças e diferenças com a geração atual.

PALAVRAS-CHAVE: JUVENTUDE; INTERSUBJETIVIDADE; ENVOLVIMENTO SOCIAL

ABSTRACT**YOUNG PEOPLE: SOCIAL IDENTITY AND MEMORY BUILDING**

If we view young people as a social and cultural construction, changes occurred among contemporary society affect their ordinary life. The young, as social generational collective are far more exposed to lose memory of the presente. Time and space re-meaning seem not to allow memory building. Now, which is the role of domeneering institutions among this construction? Referred to key situations of the Argentinian recent history, do young people show interest in connecting with that memory? Among their discourses, which idea is more relevant: idealism or knowledge? Among the objectives of the research project called *Urban juvenile cultures* carried out at the National University of San Luis, researchers want to know the ways that young people use to build subjectivity and social identity. With this purpose during early year 2006, they worked with university students to whom was requested to write down their opinions, knowledge and attitudes towards the years of dictatorship in Argentina, as well as to write down their ideas over the representation of young people of that time and their differences and resemblances with the present generation.

KEY WORDS: YOUTH, INTER-SUBJECTIVENESS, SOCIAL INVOLVEMENT

1. LA INTERSUBJETIVIDAD Y LA MEMORIA

DESDE LA PSICOLOGÍA SE distingue a la memoria como uno de los elementos centrales en la construcción de la identidad personal. Reconocerse como uno mismo a lo largo del espacio y el tiempo no excluye la presencia de «los otros». De esta manera la intersubjetividad pasa a ser la condición de posibilidad del mundo de la vida.

En términos de Schütz (1993) el mundo de la vida cotidiana no es un mundo privado sino compartido con los semejantes. De tal manera la intersubjetividad no se demuestra sino que se convierte en una posibilidad: «presupongo simplemente, que otros hombres también existen en este mundo mío y, en verdad, no sólo de manera corporal y entre otros objetos sino más bien dotados de una conciencia que es esencialmente igual a la mía (Schütz, 1993:26).

Si en la construcción de la identidad personal la memoria es uno de sus elementos centrales, para el desarrollo de la subjetividad como así también de la identidad social ya no sólo importa la posibilidad de la presencia del otro sino que se ponen en juego las influencias que provienen de las instituciones dominantes. Así la vida cotidiana —bajo cuya esfera se constituyen la subjetividad y la identidad social— pasa a ser el centro de la historia, por consiguiente, los cambios, alteraciones o transformaciones que se sucedan en la vida social incidirán en la construcción de los aspectos centrales de la vida cotidiana.

Las circunstancias sociohistóricas vividas durante las últimas décadas del siglo XX, en particular en Argentina, mostraron la conveniencia de incorporar en los análisis psicosociales una categoría teórica que permitiera el estudio de los microespacios sociales. En este sentido se define la vida cotidiana como la esfera donde se conjugan elementos propios y externos a cada persona, construyéndose en dicha esfera la subjetividad y la identidad social (Castro, 1999).

La subjetividad comprende la elaboración del yo y forma parte de un proyecto socialhistórico que, según Castoriadis (1994), implica una creación incesante de significaciones del mundo y la sociedad. Este proyecto sobrepasa la intersubjetividad en tanto pone en juego la autonomía psíquica de la persona y la existencia de pluralidades sociales con las normas y valores que son reflejo de cada etapa histórica. La identidad social, por su parte, se va conformando a partir de la influencia ejercida por las instituciones dominantes (Castro, 2000). Entre estas instituciones se incluyen: la familia, la educación, la religión, la sociedad civil (la política, medios de comunicación, organizaciones

sociales). A través de los procesos de socialización cada una de ellas transmite valores, actitudes, modos de actuar que cada sujeto incorpora como propio y actúa en consecuencia. De esta manera y a lo largo de su vida, cada persona podrá adquirir las identidades sociales que su propio desarrollo sociocultural le ofrezca.

Cada tiempo histórico ha marcado su impronta en las características que adquieren las actividades propias de la cotidianidad. A fin de lograr un análisis más comprensivo se considera que las actividades realizadas por los hombres concretos se hallan incorporadas en distintos ámbitos: a) laboral; b) cultural; c) sociedad civil; d) familiar; e) personal (Castro, 1999).

Las situaciones de crisis institucionales y sociales producen una desestructuración de la vida cotidiana. Dado el carácter heterogéneo que presenta aquella esfera, es suficiente que uno solo de los ámbitos que la integran soporte una alteración para que el resto también sienta sobre sí cambios que en mayor o menor medida, conducen a profundizar la desestructuración de la cotidianidad.

La preocupación científica por el análisis de la vida cotidiana pone en evidencia la estrecha vinculación entre las circunstancias sociales y los espacios microsociales. Agnes Heller (1994a:7) explicita las condiciones sociopolíticas de los países europeos de mediados del siglo XX que tras la etapa de ilusiones sobrevienen la frustración y el desencanto ocasionando en muchos casos exilios y desarraigos. Los países de Latinoamérica, por su parte, durante las décadas de 1970 y 1980 soportaron gobiernos autoritarios que no sólo congelaron derechos constitucionales sino también se introdujeron capilarmente en los modos de vida: miedos, persecuciones, censuras, reducción de los espacios públicos, desapariciones y muertes llevaron a la necesidad de tematizar la vida cotidiana, poner en análisis y reflexión científica la propia vida de los ciudadanos.

Si bien durante los años de la dictadura no hubo excepciones a la hora del horror, ni de género ni oficio o profesión, fueron los jóvenes los destinatarios principales donde el autoritarismo centró la noción de peligrosidad y su consecuente destrucción. Resulta una expresión común vincular a los jóvenes con idealismo, movilización por causas solidarias o respuestas inmediatas frente a la injusticia. Sin embargo estas actitudes no son genéticas ni surgen por generación espontánea. En su conformación estaría aquello que Bourdieu identifica con el *habitus*: los modos de ser, de pensar, aquello donde lo social *se hace cuerpo*. Desde la perspectiva de este mismo autor (1990:141) el *habi-*

tus actúa como «sistema de disposiciones adquiridas por medio del aprendizaje implícito o explícito» y las instituciones dominantes son ámbitos directos para generar aquellos aprendizajes.

2. ALGO DE HISTORIA Y... ¿SERÁ ASÍ?

En la Universidad Nacional de San Luis, el equipo de investigación que estudia las *Culturas juveniles urbanas* (PROICO 59804) ha planteado estudiar los modos en que los jóvenes construyen la subjetividad y la identidad social, y como uno de los objetivos generales «observar y analizar las características que presenta el involucramiento social de los jóvenes». A fin de poder conocer algunas razones que facilitan u obstaculizan la participación social, ya sea en organizaciones instituidas como la universidad, partidos políticos como así también en acciones vinculadas con hechos sociales (marchas por reclamos gremiales o sociales) se llevan a cabo, desde el proyecto de investigación citado, diversas estrategias metodológicas para la recolección de información (entrevistas en profundidad, relatos, focus groups).

Se consideró que resultaría favorable, para analizar elementos relacionados con la construcción de la memoria y su vinculación con la constitución de la identidad social y la incidencia en el involucramiento social, indagar qué información tenían los jóvenes acerca de situaciones ocurridas en el país durante las décadas de 1970 y 1980. Se buscaba saber si ellos tenían algún detalle acerca de las circunstancias sociopolíticas de aquellas décadas, y en caso que así fuese, a través de quienes lo habían obtenido. Otro aspecto que interesaba conocer era sobre la representación social que se formaban sobre los jóvenes de las décadas señaladas y las diferencias o similitudes que hallaban entre los jóvenes actuales y los de aquellas décadas. Con este propósito se realizó una experiencia con estudiantes de la Licenciatura en Trabajo Social teniendo presente que durante la misma semana de la experiencia investigativa se recordarían 30 años del golpe militar de 1976. La estrategia de trabajo tuvo dos momentos: en el primero se solicitó a los estudiantes (36 asistieron ese día) que a través de un breve relato señalaran cómo se imaginaban que había sido aquella época y a los jóvenes de entonces. A continuación se les proyectaron fragmentos de documentales y películas con el fin de mostrar el contexto sociopolítico y cultural de los años previos al golpe militar, también imágenes y testimonios posteriores al golpe. La proyección se extendió durante 15 minutos y se mostraron intencionalmente imágenes con presencia de

jóvenes. Se utilizaron cinco fragmentos que habían sido previamente seleccionados por el equipo de investigación dedicando a cada uno de ellos entre tres y cuatro minutos presentándose de modo similar a un formato de video clip. Luego volvió a solicitárseles a los estudiantes que en forma escrita comentaran si las imágenes y testimonios les habían agregado información sobre el tema y cuáles les parecían las similitudes y/o diferencias entre los jóvenes actuales y los de aquella época. Es importante señalar que los estudiantes no tenían conocimiento previo acerca de la actividad y las consignas para cada momento fueron expuestas de modo breve y conciso sin agregar comentario alguno por parte de quien coordinó la actividad. Se procuró que predominara la espontaneidad en las respuestas de los estudiantes cuyas edades cubren entre 19 y 21 años en la mayoría de los casos y los menos con edades entre los 22 y los 27 años.

En meses posteriores, y también con un grupo de estudiantes universitarios, se llevó a cabo una reunión de focus group en el cual, entre otros temas expuestos por los propios jóvenes, también discutieron acerca de la participación e involucramiento en actividades de la sociedad civil y nuevamente el papel de la memoria estuvo en el debate.

El análisis de los relatos que corresponden a la primera experiencia mostró que la mayoría de los jóvenes universitarios, con muy pequeñas excepciones, tenían algún conocimiento del golpe militar aunque desconocían las situaciones macrosociales y políticas que presentaba el contexto sociopolítico de aquellos años. Entre las vías de acceso a la información mencionaron a los medios de comunicación, en particular en la programación televisiva del presente año (2006) en las semanas previas a la recordación del golpe de estado. También mencionaron a docentes del nivel polimodal, en años anteriores a su ingreso a la universidad, y en pocos casos a familiares. Este primer tema pone en la consideración el papel de los adultos en la conformación de la memoria colectiva: ¿indiferencia, negación defensiva o intención de involucramiento en situaciones sociopolíticas?

Durante la década de 1970 desde el discurso del poder *el otro/el semejante* fue incorporado en el imaginario bajo el rótulo de sospechoso, peligroso. Podía ser el denunciado o el denunciante pero sin duda uno de ellos padecería miedos, persecuciones, exilios internos y externos hasta la desaparición o la muerte. De esta manera la intersubjetividad se tornó insegura, peligrosa, sin posibilidad de compartir espacios de reunión y mucho menos participación social. Tal vez el temor a verse relacionado con personas consideradas peligrosas para

el régimen dictatorial condujo a que algunos negaran los hechos que ocurrían, sin dejar de lado que también a través de sutiles tecnologías de poder se llegó a un control de los cuerpos buscando un disciplinamiento de la población y resquebrajando toda posible red de relaciones sociales. Para el poder el individuo aislado, individualizado, siempre resulta más fácil de controlar. Una vez más es necesario tener en cuenta el concepto de *habitus* en la medida que «permite articular lo individual y lo social, las estructuras internas de la subjetividad y las estructuras sociales externas» (Accardo y Corcuff, citado por Gutiérrez, 1995:64). Si *el habitus* resulta la historia hecha cuerpo, el disciplinamiento y la biopolítica utilizados como tecnologías de control durante la dictadura dejaron profundas huellas en muchos adultos de hoy que —salvo en los casos que continuaron involucrándose social, política y culturalmente a lo largo de los años— parcializaron sus espacios de memoria para superar la desestructuración de su vida cotidiana. En los textos de los estudiantes se reflejó la influencia familiar en los modos de entender la etapa de la dictadura:

Mi mamá, que estaba embarazada en esa época, me contó lo que pasaba. Ella sentía mucho miedo también por mi abuelo que pertenecía al sindicato de SMATA y lo habían amenazado.

Sinceramente, no tengo mucha idea... sólo algunos comentarios.

Habría que ver si era cierto lo que decían que pasaba en esa época.

Las respuestas permiten inferir que ciertas historias familiares, tales como haber vivido alguna situación que pusiese en peligro la vida de alguno de sus miembros por participación en gremios, partidos políticos, universidades, etc., permitirían que —aunque de manera sencilla y tal vez reducido a espacios de la intimidad— los jóvenes de hoy tengan cierta información de la época de la dictadura. Mientras aquellos que no tienen familiares que hayan padecido alguna forma de persecución o peligro, transmiten escepticismo y duda sobre el modo de actuar del poder durante la dictadura repitiendo peligrosamente algunos discursos de aquellos años como la reiterada expresión «por algo será».

Las situaciones vividas durante la dictadura ubicaron al semejante, al otro, bajo un manto de sospecha y de desconfianza para los ciudadanos de civil. Delator, sospechoso, peligroso, podían ser posibles modos de identificar al otro. El aspecto sustancial alterado era la confianza. Como afirma Lechner, «en lugar de defenderse frente a la im-

previsibilidad del otro, la confianza toma al otro como un *alter ego* de modo que su libertad de acción sea corresponsable del futuro» (1987:60). No se puede exigir la confianza del otro sin antes entregársela. De esta manera se comunica al otro una autorrepresentación de sí mismo comprometiéndose a ser el mismo a lo largo del tiempo. «La confianza no elimina la incertidumbre, pero permite tolerar un mayor grado de inseguridad» (Lechner, 1987:64). La dictadura con sus medidas de gobierno y sus modos de acción destruyeron la confianza fundamentalmente en las relaciones interpersonales volviéndolas impredecibles y cargadas de incertidumbre. La superación de estas actitudes demanda reasumir el riesgo de comunicar al otro los aspectos que hacen al sí mismo, sin embargo tal modificación requiere asumir el control de la vida cotidiana superando controles disciplinadores para lo cual las particularidades de la estructura del *habitus* devienen de importancia fundamental.

3. ALGO MÁS QUE PELOS Y MÚSICA

En la experiencia investigativa realizada con los estudiantes de la licenciatura en Trabajo Social se buscó conocer cuál era la representación social que ellos construían de los jóvenes de la década de 1970. «Las representaciones corresponden a actos del pensamiento en los cuales un sujeto se relaciona con un objeto. Ese proceso de relación no consiste en una reproducción automática del objeto sino en su representación simbólica» (Petracci y Kornblit, 2004:92). Las representaciones sociales se construyen a través de las interacciones y las imágenes e informaciones que transmiten los medios de comunicación. En los relatos de los estudiantes hubo coincidencia en representar a los jóvenes de la década de 1970 a través de rasgos comunes: idealistas, luchadores, revolucionarios. Si bien durante aquella década se identificó a la juventud, desde el poder político, con la noción de peligrosidad, tras la reapertura democrática se tendió a modificar aquella imagen mostrando aspectos positivos en los jóvenes y en particular aquellos relacionados con situaciones sociales, políticas y culturales. El cine argentino en especial, ofreció una amplia filmografía donde el protagonismo de los jóvenes adquirió relevancia por su compromiso político y social; recuérdese el caso de *La noche de los lápices*, *Sentimientos (Mirta de Liniers a Estambul)*; *Los chicos de la guerra*; *La historia oficial* y *El exilio de Gardel*, entre otros. Las historias que afrontaban esos jóvenes fueron poniendo en imágenes las ideas abs-

tractas que vinculan a los jóvenes: idealistas, luchadores, revolucionarios, constituyéndose de tal modo el momento de la objetivación en la construcción de las representaciones sociales de los jóvenes. Fueron esas ideas las que posteriormente se incorporaron en los esquemas de pensamiento de las generaciones posteriores a la de la década de 1970 hasta naturalizar aquellos comportamientos que se tradujeron en las palabras de los estudiantes:

Aquella generación fue tremendamente revolucionaria y combatiente.

Los jóvenes en esa época se distinguían por las ganas de luchar por lo que realmente sentían y pensaban.

Los jóvenes deben haber sido reprimidos en sus ideas sin poder expresarse, sin poder disfrutar la vida, sin poder circular, con miedos y otros jóvenes deben haber incorporado una ideología autoritaria.

Los jóvenes de aquella época estaban organizados a través de organizaciones de base, donde la mayoría tenía un fuerte compromiso con la desigualdad.

Imagino a los jóvenes comprometidos con su realidad, solidarios... ¿eran realmente así?

Si bien puede ocurrir que no se manifieste una única representación del objeto de análisis es posible que la coincidencia en los anclajes de los estudiantes esté atravesada no sólo por la vinculación generacional sino por la exhibición de imágenes e historias transmitidas por los medios de comunicación, lo que también pone en evidencia ciertos intereses que provienen desde lo político y lo económico. ¿A quién beneficia la transmisión de determinadas imágenes? ¿A quién no ayuda que se brinde información que tienda a elaborar ciertos anclajes representacionales? Como afirman Petracci y Kornblit (2004:93) «En la naturaleza simbólica de las representaciones sociales quedan plasmados los aspectos sociales, culturales e históricos». Durante la década de 1970 era intención de la dictadura identificar a la juventud con la noción de peligrosidad y por consiguiente debía ser rechazado, «destruido» por el poder. Luego de la reapertura democrática hubo una total modificación en las imágenes e informaciones puestas en los medios: la participación política y social se observó constantemente como elemento central en la constitución de la representación social de los jóvenes. Sin embargo en los últimos años se posible advertir que lentamente pero de modo reiterado los rasgos juveniles que se muestran desde los medios y discursos de ciertos sectores sociales y políticos tienden a vincularlos nuevamente con la noción de peligrosidad.

dad; ya no se trata de aquellos «jóvenes pelilargos y marxistas» de los 70 sino de «jóvenes violentos» que ocupan espacios en los medios a través de las noticias policiales o protagonismo en hechos donde la violencia es el tema central. Tal vez ni ángeles ni demonios, sino resultado de un tiempo histórico no exento de violencia y desencanto. Si la vida cotidiana es el centro de la historia y ésta, como señalan desde el posmodernismo, se caracteriza por mostrar el fin de las grandes narrativas y colocar al consumo como uno de sus aspectos principales, sin duda la vida cotidiana de los jóvenes refleja un esperable desencanto. En la experiencia investigativa con los estudiantes se manifestaron expresiones relacionadas con esa representación social:

Aquella generación (la del 70) tiene lo que a la nuestra le falta: convicción, amor por la patria y por los derechos.

Quizá los jóvenes de ese tiempo defendían sus derechos y no como nosotros que preferimos quedarnos callados y dejar que las cosas pasen. Diría que somos la cultura del miedo.

Hoy hay violencia en los bares y recitales... las letras de las canciones son vacías. Los jóvenes de hoy no se interesan por descubrir qué pasó en la historia argentina, sólo les interesa el consumismo y vivir el momento.

Hoy en día nosotros preferimos quedarnos callados y dejar que las cosas pasen... es más, me incluyo en ese grupo porque de niña mis padres me aconsejaban que lo mejor era no meterse en esas cuestiones.

En las expresiones de los estudiantes se destacan aspectos tales como: vivir el presente, consumir, no involucrarse, violencia y también el «consejo» familiar: *mejor no meterse, quedarse callado*. La pregunta sería ¿quién se queda callado? O también ¿quién puede hablar? Pues el hablar está referido a cuestionar al poder, reclamar por algún derecho, sin embargo historias personales y colectivas cargadas de miedos y censuras junto a sanciones o expulsiones de espacios laborales pueden conducir a *dejar que las cosas pasen* y de ese modo evitar un castigo. A su vez, el que habla, aquel que opina o critica está exhibiendo la posesión de algún capital, en la terminología bourdesiana, que le otorga asertividad y reconocimiento a sus expresiones. Tal vez, involucrarse en cuestiones que conciernen al semejante o a los propios derechos ¿implica peligro para los jóvenes? En este sentido vale la pena detenerse en el papel que juegan las instituciones dominantes y su incidencia en la constitución de la identidad social.

4. NARRATIVAS SIN FINAL

El hombre existe en la sociedad y por la sociedad. Ésta es una construcción y su identidad es un sistema de interpretación del mundo que ella crea y lo que la mantiene unida es el complejo de instituciones particulares. La palabra institución incluye las normas, los valores, el lenguaje, las herramientas, procedimientos y métodos de hacer frente a las cosas y de hacer cosas (Castoriadis, 1994:67) que se manifiestan en una urdimbre de significaciones que permiten la creación del mundo que la sociedad construye.

Los modos como se producen las interacciones están mediados por los significados que cada actor social otorga, tanto a las características de sus congéneres como así también a los objetos del mundo natural a los que se enfrenta. Las significaciones se construyen a partir de la influencia de las instituciones dominantes y estas proveen valores, actitudes y modos de acción que cada persona incorpora como propios y actúa conforme a los mismos. De esta manera se va constituyendo la identidad social. La participación constituye una acción social apropiada y necesaria para la construcción de esa identidad: implica el aprendizaje de diversos roles sociales y permite el desarrollo de la confianza en el otro, reduciendo de este modo los niveles de incertidumbre que muestra toda relación social y puede favorecer las acciones de cooperación.

Las décadas que van desde 1960 hasta la de 1980 mostraron altos niveles de participación juveniles, en particular en los grupos vinculados con la política, ya sea partidaria, estudiantil y en los organismos de derechos humanos. Durante esos años los jóvenes fueron protagonistas de los hechos sociales, aunque en la mayoría de los casos no ocuparon espacios de decisión y muchos no sobrevivieron al terrorismo de estado mientras otros sentían el acoso del miedo o el desarraigo de exilios externos y también internos.

Los años de la década de 1990 mostraron las consecuencias de políticas neoliberales y junto a ellas la globalización supuso la interacción entre las actividades económicas y la cultura planteando un nuevo escenario sociocultural. Algunas de las características que mostró ese escenario incluyeron la pérdida de peso de los organismos locales ante los grupos de empresas transnacionales; el redimensionamiento de la noción de espacio; la reelaboración del sentido de identidad nacional; la desterritorialización y la posibilidad de incorporar en la vida cotidiana medios electrónicos e informáticos que permiten

superar los límites geográficos y temporales. Esta reestructuración de las prácticas económicas y culturales generó nuevas prácticas sociales. Como expresó García Canclini (1995) «en el momento en que estamos saliendo del siglo XX las sociedades se reorganizan para hacernos consumidores del siglo XXI y regresarnos como ciudadanos al XVIII».

La ciudadanía se vincula con el ejercicio de los derechos políticos y sociales. El aprendizaje de estos derechos está estrechamente relacionado con la influencia de las instituciones dominantes de una sociedad. Desde la familia, como institución básica para la socialización, pasando por las educativas, políticas, culturales y sociales que se hallan en la vida en sociedad, cada una de ellas a través de sus organizaciones instituidas crea espacios para la participación ciudadana. Por consiguiente, los partidos políticos, las asociaciones vecinales, los grupos religiosos, los deportivos y los que corresponden a las organizaciones no gubernamentales, constituyen los espacios sociales aptos para el ejercicio de la ciudadanía, con las lógicas diferencias en sus intereses y funcionamiento. Desde el plano ideal se supondría que en los grupos mencionados los intereses puestos en juego deberían superar la preocupación individual y tener entre sus finalidades los intereses del colectivo social. De esta manera la participación en esos grupos implica también tomar parte en la planificación y decisiones que se realicen en los mismos. La confianza, el compromiso y la cooperación constituyen aspectos sustanciales en ese proceso de aprendizaje social y las instituciones dominantes han sido quienes históricamente, a través de sus organizaciones, brindaron los espacios apropiados para la conformación de las identidades sociales.

Referirse a la sociedad contemporánea conduce a pensar en la posmodernidad cuya base «consiste en contemplar el mundo como una pluralidad de espacios y temporalidades heterogéneas» (Heller y Fehér, 1994:149). Más allá de los significados que se les ha otorgado a los términos posmodernidad, posmodernismo, proponiendo la emergencia de un nuevo espíritu cultural que superó el ámbito del arte y la literatura (Lyotard, Habermas, entre otros) el concepto se extendió hasta identificar los fenómenos que revelarían la crisis de la modernidad y sus valores. Agnes Heller (1994b:239) afirma que «el posmodernismo fue la creación de la generación de la alienación desilusionada con su propia percepción del mundo». Incertidumbre, desencanto, fin de las grandes narrativas, predominio del individualismo, han sido, entre otros, algunos de los elementos que identificaron a la sociedad posmoderna. A estas características deben sumarse las modifi-

caciones en las nociones de espacio y tiempo que a la par de volverse plurales y heterogéneas también marcan diferencias y exclusión entre los hombres. La sociedad posmoderna es también la sociedad del consumo y como sociedad estratificada muestra quiénes ocupan posiciones: los que están arriba y los que están abajo. El elemento diferenciador entre ambas pasa por la posibilidad de ocupar espacios de libertad para elegir dónde pueden estar. «Los de arriba» pueden andar por la vida eligiendo sus destinos de acuerdo a los placeres que se les ofrezcan, mientras a «los de abajo» más de una vez puede suceder que los echen de los lugares que quisieran ocupar. En términos de Bauman (1999:123) *la movilidad* será la que identifique a *los turistas y vagabundos*, habitantes-consumidores de la sociedad contemporánea. Junto a los cambios culturales se han creado significaciones imaginarias de formas de vida, entre ellas la desaparición de la cultura de clases vinculada con el aumento del consumismo y cambios en las relaciones intergeneracionales otorgando una resignificación al término «joven» (Heller, 1994b:241).

Al considerar a la vida cotidiana el centro de la historia es lógico comprender que su construcción se verá atravesada por los cambios de la sociedad. La subjetividad y la identidad social están estrechamente vinculadas con las nuevas significaciones institucionales. Aquellas instituciones consideradas dominantes (sociedad civil, familia, religión, educación) han visto reducidos sus espacios de significación. Todas ellas enfrentan crisis en su constitución que influyen en la relación simbólica que los hombres establecen con ellas. Este nuevo escenario llevaría a que las instituciones dominantes dejen de actuar como elementos que determinan las identidades sociales para transformarse en instituciones de adscripción pero no referenciales ni determinantes en la construcción de la vida cotidiana. Las nuevas formas significativas de la vida social se hallarían estrechamente determinadas por la posibilidad de vincularse y apropiarse de los consumos culturales. De tal modo los hombres se enfrentarían a una nueva urdimbre de significaciones del mundo social que determinarían otros modos de construcción de la vida cotidiana y, por ende, de sus dos elementos constitutivos: la subjetividad y la identidad social.

Si se comprende a la juventud como una construcción social y cultural sin duda los cambios ocurridos en la sociedad contemporánea influyen en la vida cotidiana de los jóvenes, entre ellos: superación de los espacios geográficos y temporales en las comunicaciones, desconfianza hacia el espacio público y sus representantes, precarización y

desocupación laboral, crisis familiares, predominio del consumo, desvalorización del conocimiento como elemento sustancial del desarrollo humano y social. Tales circunstancias ocasionan incertidumbres, desencantos y un afán de ser parte de la sociedad de consumo. Los jóvenes, como colectivo sociogeneracional, determinan los modos de responder ante la crisis, al mismo tiempo que buscan estrategias de involucramiento social y elaboran sus propios lenguajes de comunicación. Los cambios socioeconómicos ocurridos en la sociedad contemporánea introducen modificaciones en la elaboración de los significantes del mundo social y los jóvenes se ven expuestos a crisis que determinan sus elementos identitarios y el modo de construir la subjetividad. Las instituciones dominantes no han estado alejadas de los cambios socioculturales y económicos de las últimas décadas, en particular la familia, la educación y la política han sido atravesadas por transformaciones en sus modos de expresión y constitución. Son estas instituciones precisamente las que pueden brindar aprendizajes vinculados con la participación social. Ahora bien, ¿cuál es la situación que presentan aquellas instituciones? Un rasgo común es que las tres han soportado la influencia de los cambios producidos por la economía tanto a nivel macroestructural como su influencia en los microespacios sociales. De modo que junto a las modificaciones socioculturales inherentes a cada una de ellas deben sumarse las alteraciones que sufrieron a consecuencia de las crisis económicas. Estos cambios también afectaron los vínculos interpersonales incorporándoles incertidumbre y desconfianza. Por consiguiente, las posibilidades de involucramiento social, en tanto y en cuanto se comprende este concepto como la posibilidad de participar en proyectos y acciones de bien común, se verán notablemente reducidas. Asimismo debe tenerse en cuenta que el involucramiento social está estrechamente vinculado con la noción de ciudadanía, la cual se vincula a los derechos y las responsabilidades de los ciudadanos como así también a la participación y control de las acciones del Estado.

A través de informaciones proporcionadas por los jóvenes, dentro de las actividades del Proyecto Culturas Juveniles Urbanas, éstos expresan que no participan en ningún ámbito público: ni en centros de estudiantes, ni partidos políticos, ni ONG. En el ámbito de la universidad manifiestan que si bien podría interesarles estar informados acerca de lo que sucede en ese ámbito en las elecciones votan en blanco; igual actitud presentan con relación a lo político:

—Yo creo que la gente ya no quiere ir a votar porque están cansados porque prometen hacer cosas que no hacen y allí está el desinterés de la gente.

—Ya no se cree en nada.

—Se ha perdido la confianza.

—A mí nunca me interesó participar en la vida institucional de la universidad.

No resulta una novedad escuchar a los jóvenes expresar su desconfianza y desencanto hacia lo público, pero al mismo tiempo implica riesgos en la constitución de la ciudadanía: «si nosotros no participamos siguen las mismas personas». Una vez más vale la pena interrogarse con relación a la percepción que los jóvenes de estos años tienen con referencia a los de la década de 1970: aquellos idealistas, solidarios, luchadores; los actuales desconfiados, desparticipativos, callados. Al respecto Bourdieu (2000:134) afirma que «Las representaciones de los agentes varían según su posición (y los intereses sociales) y según sus habitus». El habitus, que se adquiere a través de la experiencia social, debe ser entendido como un sistema de percepción y de producción de prácticas. Si la experiencia social está estrechamente vinculada con las instituciones dominantes, en tanto que en cada una de ellas el sujeto va incorporando y aprendiendo modalidades de participación, es posible inferir que las actitudes que manifiestan los jóvenes son el resultado de las estructuras cognitivas y evaluativas que le proveen dichas instituciones. A ello se agrega que en las últimas décadas aquellas instituciones dominantes han tenido modificaciones en su estructura, no siendo ajenas éstas a cambios ocurridos en el contexto sociopolítico y cultural, las que sin duda han influido en las prácticas sociales que las identifican. Así, por ejemplo, la familia ya no presenta los roles tradicionales en tanto que como consecuencia de crisis sociales y económicas al igual que desarrollos culturales, la mujer aumentó su incorporación en el mercado laboral siendo en muchos casos cabeza de familia, o principal sostén económico; en otros casos, la estructura familiar incorporó otros rasgos en su conformación incluyendo también elementos que hacen al género de sus integrantes. La educación, por su parte, como otra de las instituciones dominantes, al igual que la religión y la política también han presentado cambios en su conformación y en sus prácticas. A esta última deben sumarse rasgos muy particulares: corrupción y desentendimiento, por parte de los dirigentes, de los intereses del ciudadano, trayendo como consecuen-

cia desencanto y desinterés hacia la participación ciudadana: *mejor callarse, no te metás*, se vuelven las consignas habituales y los jóvenes también incorporan esos discursos en sus prácticas sociales.

5. ENTRE EL RECUERDO Y LA ACCIÓN

Cada sujeto va construyendo su propia vida cotidiana y ésta es el centro de la historia en la cual la presencia del otro, de los congéneres, no se cuestiona; por consiguiente, la vida cotidiana es una vida compartida y en ella se constituyen la subjetividad y la identidad social. El primero de los dos procesos centrales de la cotidianidad implica considerar en la elaboración del yo los procesos histórico-sociales que darán marco a las instituciones y su urdimbre de significaciones.

La juventud, entendida como una categoría sociocultural que excede los límites cronológicos, es uno de los colectivos sociogeneracionales donde el poder, a través de sus tecnologías y aparatos de dominación, ha centrado su atención no siempre para favorecer el desarrollo juvenil sino buscando disciplinarlos. Durante las décadas de 1960 y 1970 los jóvenes adquirieron un protagonismo de suma importancia, en particular en el ámbito de la sociedad civil. Las instituciones propias de este ámbito (partidos políticos, agrupaciones estudiantiles, gremios, etc.) presentaban cierta credibilidad y atracción para los jóvenes posibilitando, de tal modo, asumir sin dificultades la identidad inherente a la política: militante o dirigente de organizaciones sociales, gremiales y políticas fueron identidades no rechazadas por lo jóvenes agregándosele actitudes de compromiso, solidaridad y lucha. A su vez, en la conformación de la subjetividad, el contexto sociopolítico reforzaba la participación social. Durante la década de 1990 junto a la aplicación de políticas neoliberales que ocasionaron profundos clivajes sociales también se vieron afectadas las estructuras y prácticas de las instituciones dominantes, en cuyas organizaciones los sujetos van concibiendo sus habitus. El desencanto y la desconfianza hacia lo público obturaron las posibles vías de participación social. Asimismo y en sintonía con cambios sociales la intersubjetividad debió incorporar un nuevo rasgo en la percepción y comprensión del semejante: la noción de instrumentalidad. Las relaciones interpersonales son atravesadas por la instrumentalidad de modo que *el otro* puede transformarse en un medio para lograr satisfacer una necesidad individual y no como objetivo de contacto humanizado que permita elaborar vínculos significativos y profundos. El «no te metás», la no participación, que

se advierte en los discursos de muchos jóvenes respondería a los aprendizajes que van incorporando en las instituciones dominantes que a su vez enfrentan cambios y crisis en su constitución. Estas situaciones llevarían a que aquellas actitudes identitarias de los jóvenes de la década de 1970 se presenten con cierta carga de idealismo que los jóvenes del 2000 no hallan en su generación: «Ellos los hacían... ellos luchaban» y nosotros «nos callamos... no participamos».

Los comportamientos juveniles expresados en el desinterés por involucrarse socialmente conllevan dosis de cuidado que las instituciones dominantes y sus ámbitos específicos deberían atender. La noción de ciudadanía permite superar la preocupación individual permitiendo la elaboración de proyectos comunes y compartidos. Esta expresión puede vincularse con el término «sociedad insatisfecha» acuñado por Agnes Heller (1994b:162) el cual «aspira a la comprensión de nuestra época desde la perspectiva de las *necesidades*, o más concretamente, de la creación de necesidades, de la percepción de necesidades, de la distribución de necesidades y la satisfacción de necesidades». Todos los sujetos se incorporan al mundo concreto a través del nacimiento constituyéndose en la *contingencia* inicial y luego los acuerdos sociales transformaron la contingencia en necesidad. Así, la sociedad insatisfecha es una sociedad en la cual las medidas políticas y sociales pueden o no existir, ser de una u otra forma. Desde la perspectiva helleriana dos tipos de necesidades mantienen en movimiento a la sociedad insatisfecha: los deseos y las necesidades de autodeterminación. Los deseos están determinados desde afuera y no desde adentro. Se puede buscar la autodeterminación a través de dos maneras: «concentrándose en el desarrollo de las habilidades de uno mismo o proyectando la autodeterminación de los demás simultáneamente con uno mismo» (Heller, 1994b:179). El objetivo más elevado del sujeto es comprometerse con la autodeterminación de los demás. Si las relaciones interpersonales se basan en el respeto mutuo y en causas y objetivos comunes se creará un espacio apropiado para la autodeterminación y así junto a los demás será posible aumentar la autodeterminación en las instituciones. Los hombres no necesitan sentirse completamente satisfechos pues en ese caso significaría el fin de la búsqueda y la lucha. Los que pretenden la satisfacción inmediata estarían claudicando ante la posibilidad de un desarrollo posterior que supere la autorrealización individual. Así la subjetividad puede construirse teniendo en cuenta el contexto histórico que le proveerá significados del mundo y la sociedad y para ello la posibilidad de la conti-

nidad de la historia y sus narrativas deviene necesaria. Los testimonios ayudan a la comprensión del pasado y a los proyectos del futuro. La memoria no excluye errores pero al menos puede señalar los caminos que ayuden a superar las encrucijadas y en este sentido las instituciones, desde cada ámbito, pueden aportar a la conformación de vínculos significativos y planificación de proyectos comunes.

Todo lo que nos pasa lo vamos naturalizando, olvidando, y en definitiva lo vamos aceptando inconscientemente... lo que falta es memoria si no, no se explica que estemos así.

SAN LUIS (ARGENTINA), MARZO 2007

RECIBIDO: ABRIL 2007
ACEPTADO: JUNIO 2007

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BAUMAN, ZYGMUNT (1999): *La globalización. Consecuencias humanas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- BOURDIEU, PIERRE (2000): *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa.
- (1990): *Sociología y cultura*. México: Grijalbo.
- BOURDIEU, PIERRE y JEAN-CLAUDE PASSERON (2003): *Los herederos. Los estudiantes y la cultura*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- CASULLO, NICOLÁS (1989) (compilador): *El debate modernidad-posmodernidad*. Buenos Aires: Puntosur.
- CASTORIADIS, CORNELIUS (1994): *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*. Barcelona: Gedisa.
- CASTRO, GRACIELA (2005): «Consumos culturales de los jóvenes: usos y significados del espacio urbano». III Encuentro de investigadores en ciencias sociales. Universidad Nacional de San Juan.
- (2004): «Los jóvenes: entre los consumos culturales y la vida cotidiana». *Kairós, Revista de Temas Sociales*, Año 8, N°14. En: www.revistakairos.org.
- (2000): «Cultura política en la cotidianeidad de fin de milenio». *Kairós, Revista de Temas Sociales*, Año 4, N°6. En: www.revistakairos.org.
- (1999): «La vida cotidiana como categoría de análisis a fin de siglo». Mimeo.
- FOUCAULT, MICHEL (1996): *Las redes del poder*. Buenos Aires: Almagesto.
- GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR (1995): *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo.

- GUTIERRÉZ, ALICIA (1995): *Pierre Bourdieu. Las prácticas sociales*. Editorial Universitaria, Coedición Universidad Nacional de Córdoba y Misiones.
- HELLER, AGNES (1994): *La revolución de la vida cotidiana*. Barcelona: Península.
- (1987): *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península.
- y F. FEHÉR (1994): *Políticas de la posmodernidad. Ensayos de crítica cultural*. Barcelona: Península.
- LECHNER, NORBERT (1987): «El realismo político: una cuestión de tiempo».
- LECHNER, PARAMIO et al.: *¿Qué es el realismo en política?* Buenos Aires: Catálogos Editora.
- (1980): *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- PETRACCI, MÓNICA y ANA KORNBLIT (2004): «Representaciones sociales: una teoría metodológicamente pluralista». ANA KORNBLIT (coordinadora): *Metodologías cualitativas en ciencias sociales*. Buenos Aires: Biblos.
- SCHÜTZ, ALFRED (1993): *La construcción significativa del mundo social*. Barcelona: Paidós.